

# EL ARCO

Núm. 442

Cartagena 5 Marzo 1926

Año XVIII

periódico católico de propaganda

CON CENSURA ECLESIASTICA

Director: JOAQUÍN MATEO

Costeado por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES 2,

Se reparte gratis

## ¡Bendita sea la ciencia!

He exclamado hace poco y, no estoy arrepentido de mi exclamación: ¡Bendita sea la Ciencia!

Porque la Ciencia, la Ciencia verdadera, sin soberbios, sin vanidades, sin pedanterías, humilde, modesta porque está convencida de que el radio de lo que ignora es infinitamente mayor que el radio de lo que conoce y lo que sabe, esa ciencia va hacia Dios tan naturalmente como los ríos a la mar.

Pero el campo de la incredulidad es también el del fetichismo, y uno de los fetiches de los «apritus foris» que no creen en la Ciencia. Por eso se acaban de escribir estas palabras: «Nada está por encima de la Ciencia, porque nada está por encima de la Verdad».

Luego la Ciencia es la Verdad; luego lo que dice la Ciencia o supone la Ciencia es la Verdad.

Pero es el caso que la Ciencia demuestra todo lo contrario. La verdad científica ha cambiado a través de los siglos: luego no era la verdad. Lo que la Ciencia bien orientada y bien intencionada ha hecho siempre es buscar la Verdad, para inclinarse ante ella y servirle. El Creador está por encima de la criatura. El reflejo no puede estar por encima del rayo de luz que lo produce. El eco es posterior al sonido. Por encima de todo, Dios. Él es la verdad, la Verdad que no cambia; es hoy lo que fue ayer y lo que será hasta la consumación de los siglos; y en la medida en que se acerca a Él se acerca a la Verdad o la luz. La Ciencia. Y todo lo que no sea eso es humo y vanidad, y dar pasos con la espalda vuelta a la luz.

THADERIN

## ¿Y después?

Una tarde recibió Mrs. Segur

la visita de un oficial. Iba a con-  
társelo porque al siguiente día se  
casaba; pero iba más por cumplir  
una formalidad que por el deseo  
de recibir el perdón de unas faltas  
de las cuales no sentía gran arre-  
pentimiento.

Mrs. Segur le recibió muy am-  
ablemente y entre ambos se enta-  
bló la siguiente conversación:

— Bien, mi buen amigo, ahora  
sólo teniente. Y ¿después?

— Después, Monseñor, ascen-  
dó a capitán.

— Sí... y ¿después?

— ¿Después?... Sin ninguna difi-  
cultad llegará a comandante.

— Muy bien. Y ¿después?

— Puedo muy bien llegar a co-  
ronel.

— Perfectamente. Y ¿después?

— ¿Por qué no ha de poder abul-  
gar la esperanza de ser general?

— Sí, efectivamente, podrá ser  
general. ¿Y después?

— ¡Oh! Después tomaría el retiro  
y descansaré junto a mi mujer y  
a mis hijos porque ya sabéis que  
mañana contraigo matrimonio.

— Sí... y ¿después?

— Después casaría a mis hijos y  
aun obtendría un grado más. Pa-  
saría de padre a abuelo.

— Y ¿después?

— ¡Quién sabe...! Puedo llegar a  
bisabuelo.

— Sí, ¡quien sabe! Podéis llegar  
a bisabuelo... Y ¿después?

— ¡Oh! ¡eso ya está muy lejito!  
Después será preciso resignarse a  
hacer como todo el mundo.

— Sí, tendréis que resignaros a  
morir. Y ¿después?

— ¿Después?

— Sí, después vendrá vuestro  
juicio.

— Sí, ya sé, y después del juicio  
el cielo o el infierno.

— Y ¿después?

— ¿Pero es que hay aun otro  
después... después del cielo o del  
infierno? ¿El cielo y el infierno no  
será para siempre?

— Pues bien, mi buen amigo, yo

voy a pedir una cosa, prepara-  
ción para vuestro nuevo estado.  
Prometeme que durante un mes  
todos los días a partir de mañana  
vais a repetir lo que me habeis  
dicho. «Hoy soy teniente, después  
seré capitán... después comandante...  
y así todos los después hasta  
llegar al último».

— Os lo prometo y os aseguro  
que lo haré muy gustoso.

— Por mi parte, os prometo ro-  
gar por vos. ¡Adios! mejor dicho:  
¡hasta luego!

El oficial cumplió fielmente su  
promesa. Pero a los ocho días vol-  
vió a casa de Mrs. Segur. — Mon-  
señor, vengo nuevamente a confe-  
sarme. He cumplido mi promesa.  
El último DESPUÉS me he de tem-  
blar. Yo no quiero jugar con mi  
eternidad. Yo quiero ganar el cie-  
lo y evitar el infierno. Yo quiero  
vivir eternamente.

## S. a e t a z o s

Día de París que en el resto-  
rant cercano a la puerta de la ciu-  
dad, se celebró una comida origi-  
nal: Se reunieron sesenta comen-  
sales, de los cuales, el más joven  
tenía 16 años y no pesaba menos  
de 110 kilos, mientras que el Pre-  
sidente de la Sociedad, señor  
Satty, llega a los 180 kilos.

Todos comieron con un apetito  
devorador gran número de platos.

Cuando hubieron concluido, el  
Presidente, que tiene cara de ado-  
lescente, pronunció un discurso  
breve.

— Nosotros no somos mártires  
de la obesidad, como algunos pu-  
diera creer. Tenemos una excelen-  
te salud, eso es todo.

— ¿Está cara la vida? Pienso en  
ello y creo que yo apoyaré vues-  
tras reivindicaciones con todo mi  
peso.

Un baile sucedió a las casole-  
nes. Todos los «cien kilos» baila-

ron con la gracia en ellos carac-  
terísticas.

Puede el baile continuar, pero  
cuiden los fondistas, cuando se  
trate de un banquete de esta ín-  
dole ver a quienes han de servir,  
pues individuos de ese peso son  
capaces de arruinarlos, no solo  
apurando la despensa sino tam-  
bién haciendo tambiar el paví-  
mento y hasta el edificio entero.

La melena corta está siendo  
objeto de una vigorosa ofensiva  
en todos los países.

Una de las más importantes ca-  
sas de costura de G. agow ha co-  
municado a su personal femenino  
que al quiere conservar su pue-  
to en la casa tiene que dejarse  
cortar el pelo. Para cumplir esta  
orden se las ha dado a aquellas  
muchachas un plazo de un año,  
pasado el cual, tendrán que pre-  
sentar la dimisión si insisten en  
llevar el pelo corto.

Todas han decidido dejárselo  
cortar.

Tanto tiempo como hace que  
se anda en lucha contra la estir-  
pe, buscando sustancias que ha-  
gan crecer el pelo, y ahora, de  
pronto, aparece el procedimiento  
verdaderamente eficaz.

Unas fricciones de perspectiva  
de dimisión, sin envase ni nada,  
y sale el pelo a escape.

## Un Confesionario

en el Infierno

Si se pudiera un confesionario  
a la puerta del infierno — decía el  
Santo Cura de Ars — y se dijera a  
los condenados: podéis confesa-  
ros los que queráis salir del in-  
fierno, ¿creéis que quedaría uno  
solo sin acercarse a él? ¡Cuán  
pronto quedaría vacío todo el in-  
fierno! Pues lo que será imposi-  
ble hacer para salir del infierno,  
está en nuestra mano para evitar  
caer en él. Lo que no podremos  
hacer una vez muertos, podemos  
y debemos hacerlo en vida.